

locos furiosos que te han trastornado el juicio. Y á mí me da miedo que si nos resignamos con nuestra monarquía es porque ésta apenas se diferencia de una buena república parlamentaria... Vamos, hasta otro día, y que seas cuerdo y no olvides que tu pobre madre moriría de pena si te ocurría algún percance. Ven á que, á pesar de todo, te dé un beso.

Al recibir Angiolo el beso del héroe, se ruborizó como una muchacha. Después se marchó con su aire dulce de soñador despierto, habiendo antes saludado al presbítero con un movimiento de cabeza y sin decir una palabra. Reinó el silencio en la habitación, y se fijaron las miradas de Orlando en los periódicos esparcidos sobre la mesa, habló del tremendo duelo del palacio Boccanera. ¡Aquella pobre Benedetta, á la que él quiso como á hija idolatrada en los días de tristeza que pasó á su lado, qué muerte más fulminante, qué trágico destino que se la llevó así en la muerte del hombre al que amaba! Y pareciéndole extraños los relatos de los periódicos, teniendo el corazón dolorido y atormentado por lo que presentía de ignorado, pidió que le diesen detalles y en esto estaba cuando de pronto, Prada, su hijo, entró bruscamente, con el rostro torturado por la inquietud y respirando anhelosamente por haber subido muy de prisa. Acababa de despedir á sus contratistas con impaciente brutalidad, sin tener en cuenta la grave crisis porque atravesaba su fortuna comprometida y en vísperas de la ruína, y expresando á un deseo tal de enterarse de lo que pasaba arriba al lado de su padre, que ni siquiera escuchó á nadie, importándole muy poco saber si la casa se iba á hundir sobre su cabeza. Y cuando estuvo arriba en presencia del anciano, su primera mirada ansiosa

fué para examinarle y darse cuenta de si el presbítero, con alguna palabra imprudente, no le había herido de muerte. Extremeciése al verle tembloroso, emocionado, hasta derramar lágrimas, al hablar de la terrible aventura. Por un momento creyó que llegaba tarde, que era irremediable la desgracia.

—¡Dios mío! ¿Qué tenéis, padre, por qué lloráis?—preguntó, y se postró á sus pies, arrodillándose, cogiéndole las manos, contemplándole trastornado, con una admiración tan grande que parecía ofrecerle toda la sangre de su corazón para evitarle el menor disgusto.

—Es la muerte de esa pobre mujer,—respondió Orlando tristemente.—Decía al señor Froment cuanto me apenó y que no acertaba aún á explicarme la aventura. Los periódicos hablan de una muerte repentina, y esto es siempre extraordinario.

Púsose Prada en pie; estaba muy pálido. Pedro no había hablado; pero ¡qué minuto más horroroso! ¿Y si respondía y si hablaba?

—Estábais delante, ¿no es cierto?—siguió diciendo el anciano.—Lo visteis todo. Contadme como sucedió.

Prada miró á Pedro. Sus miradas se fijaron, entraron la una en la otra. Entre ellos volvía todo á empezar; era aún el Destino en marcha, Santobono encontrado al pie de las pendientes de Frascati con su cestito; era el regreso á través de la melancólica campiña, la conversación acerca del veneno, mientras que el cestito rodaba y se balanceaba suavemente sobre las rodillas del cura; era la *ostería* adormecida del desierto, la pollita negra muerta, con un hilillo de sangre violácea en el pico. Después, aquella misma noche el baile de los Buongiovanni que resplandecía, todo un olor de mujeres, todo un triunfo del amor. Era por último,

ante el palacio Boccanera, negro, bajo la luna de plata en donde un hombre encendía un cigarro y se marchaba sin volver la cabeza, dejando al obscuro Destino que hiciese su tarea de muerte. Esta historia sabíanla ambos, la revivían; no tenían necesidad de repetirla alto para tener la seguridad de que se habían adivinado hasta el fondo del alma. Pedro no respondió enseguida al viejo.

—¡Oh!—murmuró al cabo.—Cosas atroces... horrosas.

—Sin duda, es lo mismo que sospeché,—dijo Orlando.—Podeis decirlo todo porque mi hijo perdonó ante la muerte.

La mirada de Prada buscó otra vez la de Pedro apoyándola con fuerza, tan cargada de ardientísima suplica, que este último se conmovió profundamente. Se acordó de las angustias de aquél, durante el baile, de la atroz tortura de los celos que debió sufrir antes de dejar al Destino el cuidado de su venganza. Reconstituyó lo que debió pasar en su ánimo antes del terrible desenlace: ante todo, el estupor por la rudeza del Destino de esa venganza que no pidió tan feroz; después la calma del jugador sereno que espera los acontecimientos leyendo los periódicos, no teniendo más remordimientos que los del capitán al que la victoria costó muchos hombres. Comprendió enseguida que el cardenal echaría tierra sobre el asunto por honra de la Iglesia y conservaba en el corazón un gran peso, tal vez la pena por aquella mujer tan deseada que no poseyó ni poseería jamás; tal vez unos horrosos celos postremos que no confesaba y con los que sufriría eternamente a saber que, aun en la tumba, estaba en brazos de otro. Y he ahí que de ese esfuerzo vencedor para aparecer tranquilo, de esa espera fría y sin remordimientos, su-

gía el castigo con el miedo de que el Destino, andando con sus higos envenenados, no se hubiese detenido otra vez y no hiriese de contra golpe á su padre. Otro rayo que caía, otra víctima, la más inesperada y la más adorada. Toda su fuerza de resistencia cedió en un minuto, y se hallaba allí, con el terror del Destino, más desanimado y más tembloroso que un niño.

—Pero,—dijo Pedro con lentitud, como si buscase las palabras,—los periódicos han debido decirnos que el príncipe sucumbió el primero y que la *contessina* murió de pena al abrazarle por última vez... Las causas de la muerte ¡Dios mío! ya sabéis que hasta los médicos mismo, á veces, no tienen seguridad...

Callóse porque oía de pronto la voz de Benedetta, moribunda, que le daba una orden terrible: «Veréis á su padre, y os encargo le digáis que maldije á su hijo. Quiero que lo sepa, debe saberlo para la verdad y la justicia». ¡Gran Dios! ¡Iba á obedecer, sería esa una orden sagrada que debía cumplirse á pesar de todo, aunque las lágrimas y la sangre tuviesen que correr á torrentes? Durante algunos segundos sufrió con el más desgarrador de los combates, luchando con esa verdad y esa justicia invocadas por la muerta y su deseo personal de perdón, con el horror que á sí propio se inspiraría si mataba á aquel viejo cumpliendo su implacable misión que no favorecía á nadie. Indudablemente, que el otro, el hijo, debió comprender que en su fuero interno se libraba una lucha tremenda, de la que debía salir la suerte de su padre, porque su mirada se hizo más intensa, más suplicante.

—Al principio se creyó era una mala digestión,—continuó Pedro,—pero la enfermedad se agravó muy

de prisa, se asustaron, é inmediatamente fueron en busca del médico.

¡Ah! ¡Los ojos de Prada! Tenían una expresión tan desesperada, estaban tan llenos de cosas las más conmovedoras, las más fuertes, que Pedro leyó las razones decisivas que le iban á impedir hablar. ¡No! ¡No! No heriría al anciano inocente, pues no prometió nada, y habría creído cargar con un crimen la memoria de la muerta si obedecería á los postreros rencores de ésta. Durante algunos minutos de angustia sufrió Prada una vida entera de dolor tan abominable que bien podía decirse habíase hecho algo de justicia.

—Entonces,—siguió diciendo Pedro,— cuando el médico estuvo allí reconoció que se trataba de una fiebre infecciosa... No hay duda posible. Esta mañana asistí al funeral que fué una ceremonia conmovedora.

No insistió más Orlando, y con el gesto indicó cuanto conmovido había estado él aquella mañana, acordándose del funeral. Después, en el momento en que se volvía para arreglar los periódicos con mano que aun temblaba, Prada, con el cuerpo helado aún por un sudor mortal, tambaleándose, apoyándose en el respaldo de una silla para no caer, miró otra vez á Pedro, pero con una mirada fija, muy dulce, impregnada de reconocimiento y con la que le daba gracias.

—Me marcho esta noche,—dijo Pedro, quebrantado y deseando cortar la conversación,—y vengo á despedirme. ¿No tenéis ningún encargo que darne para París?

—No, no,—respondió Orlando; pero recordando de pronto añadió:—¡Eh! ¡Sí! Tengo que encargaros algo. Ya os acordaréis del libro de mi antiguo compañero de armas, Teófilo Morin, de uno de los Mil de Garibaldi, de ese manual para el bachillerato que quería

traducir para que lo declarasen de texto entre nosotros. Estoy contento porque cuento con la promesa de que lo admitirán en las escuelas, pero con la condición de que haga algunas modificaciones... Luigi, dame ese libro que está ahí, en ese estante.

Cuando su hijo le entregó el libro, enseñó á Pedro las notas que había escrito con lápiz en las márgenes, explicándole las modificaciones que deseaban del autor en el plan general de la obra.

—Sed lo bastante amable para llevar en persona este ejemplar á Morin, cuyas señas están en la cubierta. Me evitaréis el trabajo de escribir una larga carta, y en diez minutos le diréis más que lo que podría yo contarle en diez páginas. Le daréis un abrazo de mi parte, diciéndole que sigo queriéndole como antaño cuando podía contar con mis piernas y los dos nos batíamos como demonios, entre una lluvia de balas.

Sucedió á esto un corto silencio, ese silencio, esa cortedad enternecida del momento de la partida.

—¡Vamos! ¡Adiós! Abrazadme por él y por vos; besadme con ternura como lo hizo poco ha ese niño... Estoy tan viejo y tan acabado, querido señor Froment, que me permitiréis llamaros hijo mío y besaros como abuelo, deseándoos valor, paz y la fé en la vida, que es la única que ayuda á vivir.

Conmovióse tanto Pedro que las lágrimas asomaron á sus ojos cuando besó con toda su alma en las dos mejillas al héroe imposibilitado, al que vió también llorar. Con una mano vigorosa aún y semejante á un torno le retuvo un momento contra su sillón de impedido, mientras que con la otra le señalaba por postrera vez á Roma inmensa en su duelo, bajo su ceniciento cielo. Su voz se tornó baja, estremecida, temblorosa.

—¡Por favor, juradme que la amaréis á pesar de todo, porque es la cuna, es la madre! ¡Amadla por lo que fué y por lo que quiere ser! No digáis que concluyó, amadla para que viva y sea aún, para que sea siempre!

Sin poder responder, Pedro le abrazó otra vez trastornándole el ver tanta pasión en aquel viejo que hablaba de su ciudad con tanta pasión, como á los treinta años se habla de una mujer adorada. Y le encontraba tan hermoso, tan grande con su erizamiento de viejo león encanecido, con su voluntad tenaz de una resurrección próxima, y una vez más evocó el recuerdo de aquel otro gran anciano, del cardenal Boccanera, también aferrado á su fé, no queriendo abandonar nada de su sueño aunque tuviese que perecer en su sitio con la caída del cielo. Estaban ambos cara á cara en los dos extremos de la ciudad, dominando solos el horizonte con su elevada estatura y esperando al porvenir.

Después, cuando hubo saludado á Prada y se encontró fuera, en la calle del Veinte de Septiembre, no tuvo más que una prisa, la de volver al palacio de la vía Julia para arreglar su equipaje y marcharse. Había hecho todas las visitas de despedida y no le quedaba más que hacer que decir adiós á *donna* Serafina y al cardenal, dándoles gracias por su bondadosa hospitalidad. Para él únicamente se abrieron sus puertas, porque se encerraron en sus cuartos al volver del funeral, resueltos á no recibir. A la hora del crepúsculo, pudo Pedro creerse completamente solo en el vasto palacio, en el que sólo Victorina le hacía compañía. Como indicase que deseaba comer en compañía de *don* Vigilio, le contestó ella que el abate se había encerrado en su cuarto y fué á llamar á la puerta de éste, inmediatamente al suyo, pues deseaba, al menos, estrechar por última

vez la mano al secretario; no obtuvo respuesta y adivinó que, víctima de algún acceso de fiebre ó de miedo, se negaba á verle por temor á comprometerse más. Desde luego quedó todo arreglado, y convenido que una vez que el tren no salía hasta las diez y siete de la noche, Victorina mandaría que le sirviesen la comida en la mesita de su cuarto á las ocho de la noche como de costumbre. Ella misma le llevó una lámpara y ofreció sus servicios para arreglarle la ropa; pero Pedro no quiso que le ayudasen y Victorina tuvo que dejarle que arreglase tranquilamente su maleta que no bastaba para encerrar su ropa blanca y los trajes que mandaría á buscar á París, á medida que se prolongaba su permanencia, y había comprado una cajita. La tarea, sin embargo, no fué larga, y pronto quedó vacío el armario, registrados los cajones, la caja y la maleta se llenaron y se cerraron con sus llaves.

No eran aun más que las siete; tenía que esperar una hora antes de comer, y sus miradas, al recorrer las paredes para asegurarse de que no se había olvidado nada, se fijaron en el antiguo cuadro, en aquella pintura de un ignorado maestro que durante su permanencia le emocionó tantas veces. Precisamente la lámpara para lo iluminaba de lleno, con una luz evocadora, y aquella vez recibió el golpe en el corazón, tanto más profundo cuanto que imaginó ver en el cuadro, en esa hora postrera, un símbolo de su derrota en Roma, en esa doliente y trágica figura de mujer, medio desnuda, envuelta en un paño, sentada en el dintel del palacio del que la arrojáran, llorando con el rostro oculto entre las manos. Aquella expulsada, aquella obstinada, que sollozaba de semejante manera y de la que no se sabía nada ni cual era su rostro, ni de donde venía, ni

lo que había hecho, ¿no era la imagen de la inutilidad del esfuerzo hecho para forzar la puerta de la verdad, de todo el abandono en que el hombre cae en cuanto tropieza con el muro que le cierra lo desconocido? Contemplóla largo rato dominado otra vez por el pesar de tenerse que marchar, antes de haber conocido su rostro, cubierto con su cabellera de oro, esa faz de dolorida hermosura, que soñaba resplandeciente de juventud y tan deliciosa en su misterio. Y Pedro creía conocerla, estaba á punto de lograrlo cuando oyó llamar á la puerta y tuvo una gran sorpresa al ver entrar á Narciso Habert, que hacía tres días había marchado á Florencia en una de esas fugas de afición al arte que solían acometer al joven agregado de embajada. Inmediatamente excusó Narciso su brusca invasión.

—Ahí tenéis vuestro equipaje; sé que marcháis esta noche y no quise que os fueseis sin estrechar antes vuestra mano. ¡Y cuántas cosas y qué espantosas ocurrieron desde que nos vimos! Llegué esta tarde y no pude asistir al entierro y funeral de la mañana. Ya podéis figuraros cual habrá sido mi asombro al enterarme de esas muertes.

Le hizo algunas preguntas, pues, como hombre que conocía la sombría Roma legendaria, sospechaba la existencia de algún drama no revelado. Desde luego no insistió mucho como persona muy prudente en el fondo, y que desea no cargarse inútilmente con el peso de terribles secretos. Se contentó con entusiasmarse con lo que le dijo el presbítero acerca de los dos amantes, enlazados el uno en brazos del otro, con una belleza sobrehumana en la muerte. Y se incomodó porque nadie hizo un diseño.

—¡Vos mismo pudísteis hacerlo, querido! No im-

porta que no sepáis dibujar; habríais puesto vuestra ingenuidad y tal vez hiciérais una obra maestra,—dijo, y calmándose, prosiguió.—¡Ah! ¡Pobre *contessina*, pobre príncipe! No importa, vedlo, todo puede derrumbarse en este país, porque les queda la belleza, y ésta es indestructible!

A Pedro le chocaron estas palabras y hablaron mucho de Italia, Roma, Nápoles y Florencia. ¡Ah! ¡Florentinal repetía lánguidamente Narciso que encendió un cigarrillo y hablaba lentamente á la vez que sus miradas examinaban la habitación.

—Aquí estáis muy bien y con mucha tranquilidad. No había subido nunca á este piso,—dijo, y sus miradas vagaban por las paredes cuando se fijaron en el antiguo cuadro iluminado por la lámpara. Durante un momento parpadeó, quedándose sorprendido, hasta que de pronto se levantó y acercó.—¡Cómo! ¿Qué es esto? ¡Pues es muy bueno, muy hermoso!

—¿No es cierto que sí?—respondió Pedro.—No soy inteligente, y sin embargo, me conmovió desde el primer día. ¡Cuántas veces me paré ahí delante, latiendo me el corazón henchido de cosas indecibles!

Narciso no dijo nada, poniéndose á examinar la pintura desde muy cerca y con el cuidado de un conocedor, de un perito cuya mirada penetrante decide acerca de la autenticidad y del valor de la mercancía. En su rostro rubio y extasiado se reveló la más grande de las alegrías, mientras que sus dedos sufrían un ligero temblor.

—¡Un Boticelli! ¡Es un Boticelli! No es posible dudarlo. Fijaos en las manos, en los pliegues de esos paños... El tono del cabello, la manera de hacer... el vuelo todo de la composición... ¡Un Boticelli! ¡Dios mío! ¡Un Boticelli!

Desfallecía, se desbordaba con una admiración creciente á medida que se penetraba de aquel asunto tan sencillo y conmovedor. ¿No era el cuadro de un modernismo agudo? El artista previó todo nuestro siglo doloroso, nuestras inquietudes ante lo invisible, nuestra angustia al no poder franquear la puerta del misterio para siempre cerrada. ¡Y qué símbolo eternal de la miseria del mundo era aquella mujer á la que no se veía el rostro y que sollozaba trastornada sin que se pudiesen enjugar sus lágrimas! ¡Un Boticelli desconocido, un Boticelli tan notable y que no figuraba en ningún catálogo; qué hallazgo! Se interrumpió para preguntar.

—¿Sabíais qué es un Boticelli?

—A fé mía, no. Un día interrogué á *don* Vigilio pero me pareció que hacía poco caso de esa pintura, y *Victorina*, á la que también hablé, dijo que todas esas antiguallas no eran más que nidos de polvo.

—¡Cómo!—exclamó estupefacto Narciso.—¡Tienes aquí un Boticelli sin saberlo! ¡Ah! ¡Cómo reconoces en eso á mis príncipes romanos incapaces en su mayor parte de reconocer una obra de arte si antes no la pusieron encima una etiqueta! Es un Boticelli que ha sufrido un poco; pero al que una limpieza bien hecha daría un gran valor, convirtiéndolo en una maravilla en un cuadro famoso, al que creo tasar muy bajo diciendo que un museo pagaría por él...

Callóse de pronto y no dijo la cifra, acabando la frase con un gesto vago. La noche iba avanzando, cuando *Victorina* entró seguida de *Giácomo* para servir la comida en la mesilla, volvióse Narciso de espaldas al cuadro de Boticelli y no dijo ni una palabra más. Pero Pedro, cuya atención estaba al oído, admiró

do el trabajo que se estaba realizando en su interior, á pesar de verle tan frío y con sus ojos oscuros que adquirirían reflejos de acero. No ignoraba que, bajo el mancebo angélico, bajo la apariencia del florentino, se ocultaba un mozo muy avezado á los negocios, que cuidaba admirablemente su fortuna, mostrándose hasta un poco avaro, según decían. Así que no pudo por menos de sonreír cuando observó que se paraba ante aquella *Virgen* tan mala, copia detestable de un cuadro del siglo XVIII, colgada al lado de la obra maestra, y exclamaba:

—¡Ved esto! ¡No es del todo malo! Precisamente tengo un amigo que me encargó que le comprase algunos cuadros... Decidme *Victorina*, ¿creéis que ahora que el cardenal y *donna* *Serafina* están solos, tendrían algún inconveniente en desembarazarse de algunos cuadros sin valor?

La criada levantó los dos brazos al aire, como queriendo decir que si aquello dependiese de ella, que se los podía llevar todos.

—Creo, señor, que á un comerciante no se los venderían, á causa de esas murmuraciones que corren en seguida, pero tratándose de un amigo, no creo que tuviesen ningún inconveniente. La casa está atrasada y el dinero no vendría mal.

En vano quiso Pedro que Narciso se quedase á comer con él, pues le dió palabra de honor de que le estaban esperando, y hasta caído en falta. Y marchó después de estrechar las dos manos á Pedro, deseándole un buen viaje. Dieron las ocho, y en cuanto quedó sólo, se sentó ante la mesita, quedándose *Victorina* para servirle, después de haber mandado retirar á *Giácomo*, que había subido en un cesto el servicio.

—Me queman la sangre estas gentes de aquí con su lentitud,—dijo,—y además, señor abate, es un placer para mí el serviros vuestra última comida aquí. Ya lo veis; hice que os arreglasen una comida á la francesa, un pollo asado y un lenguado al horno.

Conmovióle la atención, considerándose dichoso al tener por compañera á aquella compatriota mientras que comía, en medio del enorme silencio del antiguo palacio negro y desierto. Conservaba Victorina en toda su gruesa y redonda persona, la tristeza de su duelo, la pérdida dolorosa de su querida *contessina*; no obstante la labor cotidiana se había vuelto á apoderar de ella; su servidumbre aceptada la hacía erguirse, devolviéndola su despierta actividad en su humildad de muchacha pobre y resignada á las peores catástrofes de este mundo. Y hablaba casi alegremente, sin dejar de mudarle los platos.

—¡Y pensar, señor abate, que pasado mañana estaréis en París! En cuanto á mí, parece que salí ayer de Auneau. ¡Ah! ¡Es el terruño lo que es hermoso allá abajo: una tierra grasa, amarilla como el oro! No es como esta de aquí, tan flaca y que apesta á azufre. ¡Y qué frescos, qué hermosos son los sauces que hay á la orilla de nuestro riachuelo! ¡Y el bosquecillo en que hay tanto musgol! No, no tienen aquí nada de eso, y sí únicamente árboles de hierro fundido bajo este sol tan bestia que quema las hierbas. ¡Dios mío! En los primeros tiempos habría dado no sé qué por una buena lluvia que me mojase, que me limpiase de su sucio polvo. Aún ahora me late el corazón cuando me acuerdo de las hermosas mañanas de nuestra tierra, aún, sí, de esos días en que ha llovido la víspera y toda la campiña tiene un aspecto tan agradable, tan dulce como si se riese después

de haber llorado... ¡No! ¡No! ¡Jamás me acostumbraré á esta condenada Roma! ¡Qué gentes! ¡Qué país!

Se divertía Pedro con aquel cariño al terruño, que después de llevar allí veinticinco años de permanencia la hacía impenetrable, extraña, é inspirándola horror aquella ciudad de luz dura y de vegetación negra como á hija de un país templado, sonriente y bañado por la mañana por sonrosadas brumas. Él mismo se decía, no sin una emoción muy viva, que iba á volver á ver las orillas deliciosas del Sena.

—Pero ahora que vuestra ama murió y que nada os detiene aquí, ¿por qué no tomáis el tren conmigo? —la preguntó.

—¡Marcharme yo con vos é irme allá arriba!—exclamó, mirándole sorprendida.—¡Oh! Eso no puede ser, es imposible, señor abate. Desde luego sería una ingratitud muy grande, porque *donna* Serafina se acostumbró á mí, y obraría muy mal abandonándola á ella y á su eminencia cuando están tan angustiados. Y además, ¿qué queréis que yo haga por allí? Ahora mi agujero está aquí.

—¡Entonces nunca más volveréis á Auneau!

—No, jamás, es cierto.

—¿Y no os apena la idea de que os entierren aquí y de dormir en esta tierra que huele á azufre?

—¡Oh! ¡Cuando esté muerta, me importa muy poco el sitio en que me coloquen!—respondió echándose alegremente á reír.—En todas partes se está bien para dormir, señor abate. Es una lástima que la idea de lo que hay después de la muerte os inquiete tanto. ¡No hay nada, pardiez! Lo que me tranquiliza y me divierte, es que entonces descansaré y todo habrá con-

cluido para mí. El buen Dios nos debe esto después de lo mucho que hemos trabajado... Bien sabéis que no soy una devota ¡oh! no; pero no me impidió portarme honradamente, y es cierto que, tal como me veis, jamás tuve un amante. Cuando se habla de estas cosas á mi edad, parece que se dicen tonterías. Si lo digo, es por la pura verdad.

Siguió riéndose como muchacha animosa que no cree en los curas y que no tiene que reprocharse sobre su conciencia ningún pecado. Y á Pedro le asombró ese sencillo valor de vivir, ese grande y buen sentido práctico en aquella laboriosa, tan adicta, que simbolizaba para él al pueblo bajo descreído de Francia, á aquellos que no creían ni creerían jamás. ¡Ah! ¡Ser como ella! ¡Desempeñar su trabajo y acostarse para el sueño eterno, sin una rebelión de orgullo y con la única alegría de haberse llevado á cabo su parte de trabajo!

—Entonces, Victorina, si paso por Auneau, ¿queréis que salude al bosquecillo lleno de musgo?

—Eso es, señor abate, decidle que conservo su recuerdo en mi corazón y que lo veo reverdecer todos los días.

Cuando Pedro acabó de comer, mandó Victorina que Giacomo retirase todo el servicio y luego, como no eran más que las ocho y media, aconsejó al presbítero que pasase aún tranquilamente una hora más en la habitación. ¿A qué irse á la estación tan temprano á cojer frío? A las nueve y media enviaría á buscar un carruaje, y en cuanto éste llegase, subiría á decirse lo y mandaría que bajasen el equipaje; de manera que podía estar tranquilo y no tenía que inquietarse por nada. Cuando Victorina se marchó y se quedó sólo, experimentó una sensación de vacío, de extraordinario des-

prendimiento. Su equipaje, la maleta y la caja, estaban en el suelo en un rincón del cuarto; ¡y qué cuarto más mudo, vago y muerto aquel que se le ofrecía ya á la vista como desconocido! No le quedaba más que hacer que marcharse... se había marchado ya, y Roma á su alrededor no era más que una imagen, la que se iba á llevar en su memoria... Una hora más, y aquello le pareció que tenía una longitud dsemesurada. A sus pies el vetusto, desierto y negro palacio dormía con el anonadamiento de su silencio. Se sentó para esperar y se sumió en una profunda cavilación. Fué su libro lo que evocó, *Nueva Roma*, tal cual le escribiera y había ido allí decidido á defenderla. Y recordó la primera mañana pasada en el Janículo, en la orilla de San Pietro in Montorio, enfrente de la Roma que soñaba, tan rejuvenecida, tan dulce en su infancia bajo el gran cielo puro y como volando entre la frescura de la mañana. Allí se hizo la pregunta decisiva: ¿Podría renovarse el catolicismo, volver al espíritu del cristianismo primitivo, ser la religión de la democracia, la fé que el mundo moderno trastornado y en peligro de muerte espera para tranquilizarse y vivir? Su corazón latía de entusiasmo y de esperanza, iba, apenas repuesto de su desastre de Lourdes, á intentar otra experiencia suprema, preguntando á Roma cuál sería su respuesta. Y á la sazón su experiencia fracasó, conocía la respuesta que Roma le diera por medio de sus ruínas, sus monumentos, por su misma tierra y hasta por su propio pueblo, por sus prelados y cardenales y por su papa. ¡No! El catolicismo no podía renovarse ¡no! No se podía volver al espíritu del cristianismo primitivo ¡no! No podía ser la religión de la democracia, la fé nueva que salvase las antiguas sociedades amenazadas de ruína y en peligro

de muerte. Si bien parecía tener un origen democrático, estaba entonces clavado en ese suelo romano, rey á pesar de todo, obligado á aferrarse testarudamente al poder temporal, bajo pena de suicidio, atado por la tradición, encadenado por el dogma, no evolucionando más que en la apariencia y reducido á una inmovilidad tal, que detrás de la puerta de bronce del Vaticano, el papado era el prisionero, el aparecido de dieciocho siglos de atavismo, con su no interrumpido sueño de la dominación universal. En donde su fé de sacerdote, exaltado por el amor hácia los que sufren y hácia los pobres, buscó la vida, una resurrección de la comunidad cristiana, no halló más que la muerte, el polvo de una tierra agotada en la que no crecería nunca más que ese papado despótico, soberano de los cuerpos como lo era de las almas. A su trastornada exclamación con que pedía una religión nueva, contentóse Roma con contestar condenando su libro, como contaminado de herejía, y él mismo lo retiró con el amargo dolor de su desilusión. Había visto, comprendido, y todo se hundió. Y era él, su alma y su cerebro, que yacían entre los escombros.

Pedro se ahogaba y poniéndose en pié abrió de par en par la ventana que daba al Tíber para echarse de bruces en su antepecho durante un momento; la lluvia, que había vuelto á empezar por la tarde, cesó entonces. Hacía un tiempo muy templado, de una dulzura húmeda, aletargadora. En el cielo, de un gris ceniciento, debía haberse levantado la luna, porque se adivinaba tras las nubes que iluminaba con un resplandor amarillento y receloso, infinitamente triste. Bajo esa claridad adormecedora de lamparilla, aparecía negro el horizonte, fantasmático, con el Janículo en-

frente, con las casas amontonadas del Transtíbere, la corriente del río allá abajo, á la izquierda, hácia la confusa elevación del Palatino, mientras que la cúpula de San Pedro, á la derecha destacaba su redondez dominadora en el fondo del aire pálido. No podía ver el Quirinal pero sabía que estaba á su espalda y se le imaginaba tapando un pedazo de cielo con su fachada interminable, en aquella noche tan melancólica de un vago ensueño. Y que Roma que concluía medio comida por la sombra y tan distante de la Roma de juventud y de quimera que había visto y amado apasionadamente el primer día desde la cima de ese Janículo, del que, á semejante hora, distinguía tan mal la masa tenebrosa. Evocó otro recuerdo, los tres puntos soberanos, las tres cimas ó montes simbólicos que desde aquel día resumieron para él la historia secular de Roma: la antigua, la papal y la italiana. Pero si el Palatino era el mismo monte descoronado en el que no se elevaba más que el fantasma del antepasado, Augusto emperador y pontífice, soberano del mundo, veía con otros ojos San Pedro y el Quirinal que habían como cambiado de sitio. A ese palacio del rey, palacio del que no se ocupaba y que le parecía un cuartel aplanado y bajo, ese gobierno nuevo que le producía el efecto de un ensayo de modernidad sacrílega en una ciudad aparte, le daba entonces, conforme dijera á Orlando, el puesto considerable, creciente, que tenía en el horizonte hasta el extremo de llenarlo todo él muy pronto; mientras que San Pedro, esa cúpula, que le pareciera triunfal, color de cielo y reinando sobre la ciudad como rey gigante que nada podía quebrantar ofrecíasele al presente lleno de grietas, disminuído ya como una de esas enormes vejeces cuya masa se hunde á veces de un solo

golpe con el desgaste secreto, con el ignorado desmi- gamiento de su maderámen.

Un murmullo sordo, una queja rugiente subía del crecido Tíber, y Pedro se estremeció al sentir el sople helado de fosa que le pasó por la cara. Esa idea de las tres cimas, del triángulo simbólico, despertó en él los recuerdos de los prolongados sufrimientos del gran mudo, del pueblo de los pequeños y de los pobres, por cuya posesión habíanse disputado siempre. Venía esto de muy lejos, del día en que al repartirse la herencia de Augusto, tuvo el emperador que contentarse con los cuerpos dejando las almas al papa el que, desde aquel instante, no tuvo más que el deseo ardiente de recon- quistar ese poder temporal del que despojaban á Dios en persona. La disputa trastornó y ensangrentó toda la Edad Media sin que ni la Iglesia ni el imperio se pu- diesen poner de acuerdo acerca de la presa que se arrancaban á pedazos. Por último, el gran mudo, cansado de vejaciones y de miseria, queriendo hablar, sacudió el yugo del papa en los tiempos de la Reforma y más tarde empezó á expulsar á los reyes en su famosa explosión del 89. Y la extraordinaria aventura del pa- pado nació de ahí, conforme Pedro lo escribiera en su libro, una nueva fortuna que permitía al papa reanu- dar el secular ensueño; el papa abandonando el cuida- do de los tronos derribados y poniéndose al lado de los miserables creyendo al fin, en esa ocasión, captárselos por completo. ¿No era realmente prodigioso ese León XIII desposeído de su reino, que permitía que le tildasen de socialista, que agrupaba tras sí el rebaño de los desheredados, que iba contra los reyes á la cabe- za del cuarto estado al cual pertenecerá el siglo próxi- mo? La eterna lucha por la posesión del pueblo conti-

nuaba con la antigua aspereza en la misma Roma, en espacio más restringido, el Vaticano y el Quirinal, el papa y el rey, pudiéndose ver desde sus ventanas, dis- putándose siempre la posesión del imperio, teniendo bajo sus ojos los tejados retostados de la antigua ciu- dad, esa población numerosa que iban á disputarse como se disputan los pajarillos del bosque el halcón y el gavián. Y era allí, para Pedro, en donde el catolicis- mo estaba condenado, abocado á una ruina fatal por- que precisamente era monárquico en su esencia, hasta el punto de que el papado apostólico y romano no po- día renunciar al poder temporal bajo pena de ser otra cosa y desaparecer. En vano fingía un retorno al pue- blo, en vano se presentaba siendo todo alma, porque no había sitio en medio de nuestras democracias para la soberanía total y universal que tenía de Dios. Siem- pre veía al *imperator* retoñar en el *pontifex maximus* y esto fué lo que mató su ensueño, destruyó su libro, acarreándole al montón de escombros ante el cual per- manecía transtornado, sin fuerza ni valor.

Esa Roma inundada de ceniza, y cuyos edificios se borran, acabó por oprimirle de tal manera el corazón que volvió á sentarse en la silla al lado de su equipaje. Nunca había experimentado una tristeza semejante y le pareció que aquello era el fin de su alma. Recordó como el viaje á Roma, ese nuevo experimento, se le impuso á consecuencia de su desastre de Lourdes. No fué á pedir la fé ingenua íntegra del niño pequeño, sino la fé superior del intelectual que se eleva por cima de ritos y de símbolos, trabajando para la mayor dicha de la humanidad basado en su necesidad de certidum- bre. Y si todo eso se derrumbaba, si el catolicismo re- juvenecido no podía ser la religión, la ley moral del

nuevo pueblo; si el papa en Roma, con Roma, no era el Padre, el Arca de la alianza, el jefe espiritual obedecido, escuchado, entonces todo era á sus ojos el naufragio de la última esperanza, un supremo crujido en el que las sociedades actuales se desquician. Todo ese andamiaje del socialismo católico, que le pareciera tan hermoso, tan triunfante para consolidar la vetusta Iglesia, veíalo por el suelo en aquellos momentos; juzgábalo severamente como un simple expediente transitorio que, durante muchos años, podía sostener aún el edificio en ruina; pero todas esas cosas no estaban cimentadas más que sobre una mala inteligencia voluntaria, sobre una hábil mentira, sobre la diplomacia y la política. ¡No! ¡No! ¡El pueblo captado y una vez más víctima, acariciado para ser esclavizado, repugnaba á la razón, y todo el sistema presentábase bastardo, peligroso, contemporizador y hecho para ir á parar á peores catástrofes. Entonces, esto era el fin; nada quedaba en pie, el mundo antiguo iba á desaparecer en la sangrienta crisis cuya proximidad anunciaban ciertos signos. Y Pedro, ante ese caos, no tenía alma, habiendo perdido de nuevo la fé en ese experimento que le parecía definitivo, habiendo estado convencido de antemano que iba á salir de él con ella aniquilada ó afirmada. ¡Y fué el rayo el que cayó! ¿Y qué iba á hacer entonces?

La angustia le oprimía tanto que tuvo que levantarse y pasearse por la sala en busca de un poco de calma. ¡Gran Dios! ¿Qué hacer al presente en que le dominaba la duda inmensa, en que llegó á la negación dolorosa y que jamás le pesára tanto la sotana? Recordó su grito cuando negándose á someterse dijo á monseñor Nani que su alma no podía resignarse, que su esperanza de salvación por el amor y la caridad no po-

día morir y que respondería con otro libro en el que diría cual era la tierra nueva en que debía arraigar la nueva religión. Sí, un libro vehemente contra Roma, en el que diría todo lo que había visto todo lo que había oído, un libro en el que apareciera la Roma verdadera, la Roma sin amor y sin caridad y en camino de muerte con el orgullo de su púrpura. Quería regresar á París, abandonar la Iglesia é ir hasta el cisma. Pues bien, su equipaje estaba allí, se marcharía, escribiría su libro y sería él gran cismático al que esperaban. ¡Ah! ¡El cisma! ¿Acaso no lo anunciaba todo? ¿No parecía inminente en medio del prodigioso movimiento de los espíritus, cansados de antiguos dogmas y hambrientos, sin embargo, de lo divino? León XIII tenía de ello sorda conciencia, porque toda su política, su esfuerzo hacía la unidad cristiana, su ternura por la democracia, no tenían más objeto que el de agrupar la familia alrededor del papado, ensanchándolo y consolidándolo con objeto de hacer que el papa fuese invencible en la lucha próxima; pero habían llegado los tiempos; el catolicismo iba á verse al extremo de las concesiones políticas, incapaz de ceder más sin morir, inmovilizado en Roma, tal cual un antiguo ídolo hierático, mientras que, en cambio, podía evolucionar fuera, en esos países de propaganda en los que se encontraba en lucha con otras religiones. Era por eso mismo por lo que Roma estaba condenada, tanto más cuanto que la abolición del poder temporal, acostumbrando al pensamiento á la idea de un papa puramente espiritual, desprendido del suelo, parecía debía favorecer á lo lejos el advenimiento de un antipapa, mientras que el sucesor de San Pedro se veía obligado á encerrarse en su ficción apostólica y romana. Un obispo, un presbítero iban á